

DESAPARECER*

MAGDALENA MADERO G.

“Arno aparta la mirada de la lectura. Con despreocupación, toma el encendedor de procedencia china color violeta que se encuentra encima de su escritorio a un lado del despostillado cenicero de vidrio manchado de nicotina”

23





Desaparecer, he allí la gran pesadumbre, la gran tragedia para seres reales e imaginarios », lee Arno Moctezuma en algún punto de la hoja del libro que tiene a su lado y que reposa sobre su escritorio. La frase lo seduce: « Nadie quiere desaparecer y para evitarlo se inventan toda clase de ardid. El arte es un ardid contra el olvido; un ardid más, si se quiere diferente a otros, pero un ardid. La literatura, más que otra manifestación artística, evidencia el anhelo de los autores de sobrevivir a través de sus personajes aunque sea en la ilusoria realidad de unas hojas impresas. Sobrevivir, sí, para poder permanecer de alguna manera en la memoria de los otros. Tratar de inventar personajes que cobren vida de tal manera que puedan salvar a su creador del olvido, armar dramas que puedan estremecer, son sólo algunos de los deseos más inmediatos de un literato. De esta manera, crear es no morir del todo. Sobrevivir al olvido es la tarea más ardua del ser humano, sólo que para lograrlo, hay que empeñar el alma y no confiarse a la ocasión. »

Arno aparta la mirada de la lectura. Con despreocupación, toma el encendedor de procedencia china color violeta que se encuentra encima de su escritorio a un lado del despostillado cenicero de vidrio manchado de nicotina. Presiona el pulgar sobre el disparador para activar el chispazo. Mantiene así, por breves instantes, la válvula de escape del gas que enciende el cigarrillo apretado entre sus labios delgados y descoloridos. La flama le da a su

rostro un tono rojizo y un reflejo de incendio se incrusta en la retina difusa de sus ojos inexpresivos. El extremo chamuscado del cigarrillo, incandescente empieza a carcomer la orilla del blanco taquillo repleto de tabaco. Como si fuera una rutina, sin cuidado deja el encendedor cerca de donde lo había tomado. Sin prestar importancia, sus ojos miran apenas la esencia que se mece, breve, en el interior del pequeño contenedor, aprisionada entre las delgadas paredes del acrílico. Arno Moctezuma arroja una dispersa nube de humo por la boca que se desvanece entre los envejecidos rizomas de pintura desprendidos de la pared por la sequedad del ambiente.

« Pero, ¿qué significa permanecer y escapar del olvido y quién puede dar alguna lección de cómo hacerlo? », sigue Arno con la lectura: « Significa tantas cosas que nadie puede señalar los pasos a seguir; nadie. Los escritores, por ejemplo, a través de sus obras, enseñan cómo hacerlo de un modo indirecto, y sin embargo, qué difícil resulta el momento en que se emprende el solitario camino de la creación donde sólo algunos logran, con un poco de suerte, ingenio, sensibilidad, mucha matemática conceptual y una geografía mental extraterritorial, edificar un universo memorable.

» Son numerosos los problemas que sobrevienen al intentar construir una novela. Las palabras 'cómo' y 'dónde' se repiten sin cesar en la mente de cualquier autor a la hora de ensamblar un material, de inventar un personaje, de estructurar una historia, de imaginar un tiempo, un espacio y una atmósfera.

» Varias preguntas salen al encuentro y sin orden: ¿cómo hacer creíbles los personajes? ¿Cómo ir más allá de unas hojas impresas para dotar a sus habitantes de una vida independiente que no se confunda con la del autor que por cierto, siempre estará tentado de revelarse, de confesarse? ¿Cómo darles vida sin contagiarles? ¿Dónde poner esto, dónde esto otro? ¿Cómo hay que acomodar el material?, ¿qué orden hay que seguir? Esto último es sin duda el problema más difícil a la hora de hacer los amarres en los castillos, en las zapatas

que sostendrán el edificio que albergará el universo de palabras que es una novela. »

Con la mano izquierda, Arno rea-comoda de manera mecánica los lentes de falso carey encajados en la punta de su recta nariz, mientras con la derecha, su dedo índice da anárquicos golpes sobre el blanco lomo del cigarrillo. Ígneo material se desprende y termina de calcinarse sobre el ennegrecido cenicero de vidrio retacado de cenizas.

« Un escritor puede —continúa Arno con la lectura—, contar una historia; su historia por ejemplo de principio a fin siguiendo la línea cronológica de su existencia. De esta manera se está ante una especie de diario. El problema empieza cuando el autor no desea verse en sus personajes (a pesar de que hable de sí mismo y de su propia experiencia), cuando les da la libertad a condición de que éstos no lo delaten, que no lo descubran en los hechos narrados. En este caso el autor debe irse a un lugar donde pueda agazaparse sin ser visto. Allí empieza la ficción y la escisión entre el yo y lo otro.»

Las voces inoportunas de unos jugadores de pelota en la calle, lo obligan a detener la lectura. ¡Maldito ruido! Arno Moctezuma abandona sobre el escritorio el libro abierto con los lomos hacia arriba. No puede dejar de ver algunas hojas dispersas que recién había impreso y que representaban años de trabajo, de luchas personales, de tiempo robado al tiempo, de desvelos, meditaciones y hasta tortura psicológica. Nervioso empieza a ordenar las cuartillas que, inmóviles ante sus ojos, se revuelven en su cerebro como un torbellino. Una de ellas resbala de entre sus manos y ondeando en el aire va a parar hasta el piso detrás del escritorio, cerca de la lámpara de pie donde, en la pantalla color verde menta adquirida en la tienda de remates cercana a su casa, resaltan algunas etiquetas que alguien más, sin duda en el pasado, había adherido. Etiquetas con propaganda, logotipos de hoteles, restaurantes y capitales de Europa. ¡Algún viajero sin duda!

Se pone de pie y enrolla las hojas que trae en la mano derecha. ¿Cómo



25

darles unidad? Con ellas se golpea la pierna izquierda en un gesto de impotencia y coraje. ¡La unidad! ¿Cómo la lograré? Sin prisa, rodea el escritorio. Su pie tropieza con el cesto de basura repleto de hojas arrugadas. Enseguida levanta del suelo la hoja voladora y la integra al conjunto al que pertenece. El texto tiene como fecha de inicio, noviembre del dos mil. ¡Ocho años ya! Desde entonces está conciente del problema y sin embargo sigue batallando. ¡Hasta el último momento! Bueno, la mayoría de los escritores lidiamos con lo mismo, se justifica. Problemas similares al momento del armado. ¿Dónde dejé la pluma? Aquí veo un error. ¡Cuánto ruido hacen los vecinos! Bueno, ¿en qué estaba? ¡Qué material tan diverso! ¿Cómo lo ordenaré? ¿Cuánto más me llevará? El seguimiento. La historia ¡Las historias! El tiempo. A propósito, ¿qué hora es? El reloj en la pared marca las once con treinta. Mis cuartillas. Son bastantes ya. ¡Sí que me han costado! Me han entretenido. Mi forma personal de vivir. ¡Qué trabajo enfrentar los obstáculos! ¡Qué dificultad, qué reto es una novela! Releo y me entretengo con mis personajes y mis historias mientras decido poner punto final. ¡Decidir! ¡Como si fuera tan fácil! ¿Y si la ordeno de otra manera? La composición de esta historia, de estas historias. ¡Tantos años acumulando cuartillas! ¿Valdrá la pena intentarlo? ¿Le interesarán a alguien? Espero que sí. Mis personajes me presionan, me acosan, me vuelven loco. Entretanto, gracias a mis dudas, se mantienen

en esa posibilidad de existencia conceptual y momentánea tan sólo por el hecho de cobrar vida en mi mente mientras decido qué hacer. Unos golpecillos provenientes del exterior le obligan a levantarse otra vez. Arno se dirige hacia la puerta de entrada.

—Me puede ayudar con algo, señor —le dice una limosnera con ojos de océano indescifrable al momento de abrir la puerta.

—Espere un momento —contesta él a la mujer mientras de la bolsa trasera de su pantalón extrae una cartera de piel desgastada y de su interior, una moneda de diez pesos—. Tenga.

La ve partir. Nunca había visto un verde así. Algo siente que no puede precisar. Arno Moctezuma toma de nuevo el libro que minutos antes había abandonado sobre el escritorio: *Consejos para un escritor desesperado*, dice el título. Hojea con despreocupación varias páginas. Se detiene en una: « ¿Cómo apartarse lo más posible de la confesión y de aquello que rige la propia existencia; cómo crear un mundo que tenga la suficiente autonomía como para no parecer una excusa, una justificación? ¿Dónde estará ese algo que aleje a los personajes de la banalidad, de la insulsez; dónde ese algo que los empuje más allá de lo inmediato? Los personajes, al igual que el autor, también tienen derecho a la eternidad, a lo memorable. ¿Será porque ellos, los personajes, contagiados por su creador, también temen a la muerte?

» ¿Y cómo es posible que el desánimo se

posesione de él, del autor, por el tropiezo de no saber por dónde empezar, por no saber de qué manera sus historias dejarán alguna huella o pasarán desapercibidas? ¿Cómo indagar si lo que le motivó a la creación atraparé a alguien a quien le dará parte de sí mismo; él, que no quiere ser un espíritu inútil sino uno cuya fuerza pueda continuar en el corazón de quien lo lea? »

Arno se queda pensativo. Cierra el libro, toma sus hojas y las adosa a su pecho. ¡A apurarse! Ni que tuviera el tiempo del mundo; ¡como si la vida esperara! Se dirige a husmear entre los libros que en el librero de madera de pino que él mismo había armado, permanecen apilados. *La Fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente* de Husserl le distrae de manera momentánea. A su mente acuden algunas ideas arrumbadas al momento de elegir el camino del arte. Recuerda sus años en la facultad de Filosofía y Letras. ¡Cómo le gustaban las teorías sobre estética! Allí acostaditos mira *La poética* de Aristóteles, *Lo bello y lo sublime* de Kant, las *Lecciones de estética* de Hegel, la *Estética* de Max Bense y *La estructura ausente* de Eco donde había leído aquel interesante capítulo sobre « la obra abierta ». *El Cronwell* de Hugo le trae a la memoria el prólogo donde aparecen los principios románticos señalados por el escritor. Más allá ve *El devenir de las artes* de Dorfles, los tres tomos sobre estética de Luckács y los tres de Hausser, llamados por él mismo *Historia social de la literatura y el arte*. *El origen de la tragedia* de Nietzsche no puede faltar como tampoco las reflexiones metafísicas sobre la poesía y el arte de Heidegger en el libro homónimo, *Arte y poesía*. ¡Ah!, la *Estética* de Benedetto Croce, su teoría sobre la intuición en el arte y la idea de lo « universal individualizado ». Allí están sus libros, sus compañeros de soledad, interlocutores del espíritu, biblias personales, amores intangibles.

* Fragmento de la novela inédita « Arno y los ojos de Rea »